

El ocultismo y su expresión romántica

José Ricardo Chaves

En este ensayo se estudian las relaciones entre dos fenómenos simultáneos e interrelacionados del siglo XIX, a saber: el romanticismo y el ocultismo, haciendo algunos deslindes teóricos (por ejemplo, la diferencia entre “esoterismo” como categoría general y “ocultismo” como categoría específica y moderna) y poniendo atención a la amplia producción literaria de autores ocultistas, en especial en los ámbitos de lo gótico y lo fantástico.

PALABRAS CLAVE: romanticismo, ocultismo, literatura fantástica.

This essay studies the relations between two simultaneous and interrelated 19th century currents: Romanticism and Occultism. Some theoretical disambiguations are made (e.g. the difference between “esotericism” as a general category and “occultism” as a specific and modern category). Special attention is paid to the extensive literary production of occultist authors, mainly in the fields of the gothic and the fantastic.

José Ricardo Chaves
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

El ocultismo y su expresión romántica

Empiezo por definir el ocultismo como la versión esotérica propia del siglo XIX, cuando socialmente ya hay una clara separación entre ciencia y magia, aunque el ocultismo se oponga a ella y busque más bien su reconciliación (la unión de ciencia, filosofía y poesía, en palabras de Friedrich Schlegel), siguiendo en esto el ejemplo de la filosofía romántica imperante, la de Fichte y Schelling, con su énfasis epistemológico en el sujeto a la hora de conformar el mundo, por oposición a las tradiciones empíricas, lo que incidió en la sobrevaloración del sujeto artístico, que adquirió así rasgos demiúrgicos. El ocultismo es pensamiento mágico en tiempos de modernidad y secularización, es magia post-ilustrada y por tanto, aunque lo oculto y lo ilustrado sean enemigos ideológicos, se reconoce de ambos lados la necesidad de una argumentación racional incluso para defender lo irracional. El rescate de la imaginación como facultad humana suprema (por encima de la razón) es algo que comparten ocultismo y romanticismo, y es uno entre los rasgos que unen a ambos fenómenos, al grado que a veces se oscurece la frontera entre ellos.

Ocultismo y esoterismo no son sinónimos, aunque las formas coloquiales los usen de esa manera. Esoterismo es la categoría

más general para referirse a saberes basados en un conjunto de textos de religiosidad helenística (por ejemplo: gnosticismo, hermetismo, neoplatonismo...) de los primeros siglos antes y después de nuestra era, reunidos a inicios del Renacimiento en Italia y leídos como partes de un todo homogéneo (tras siglos de cohabitación con las tres religiones abrahámicas, de una de las cuales, la judía, recibirá el aporte cabalístico). Estos diferentes discursos fueron vistos como mutuamente complementarios, por lo que importó la búsqueda de denominadores comunes entre ellos. Se comenzó a hablar de *prisca theologia*, de *philosophia occulta*, de *philosophia perennis*, de una estructura básica compartida por esas diversas expresiones religiosas, arraigada en las características propias de lo sagrado. La diversidad histórica de las religiones no lograba ocultar la simetría de los arquetipos.

Esos textos fueron reunidos en, por y desde Occidente, por lo que la categoría así surgida, esoterismo, tiene un uso cultural específico, no aplicable sin ajustes a otros contextos culturales, tales como el asiático o el prehispánico americano, en que lo llamado *esotérico* no tiene un estatuto aparte, como en Occidente. Como bien lo ha mostrado Antoine Faivre, figura fundamental en la conformación del campo académico denominado esoterología, a partir del siglo xvi se generó un proceso de autonomización de un cuerpo de conocimiento considerado esotérico (restringido, codificado) en relación con la religión oficial, exotérica (irrestringida, popular), de corte monoteísta, y fue un fenómeno vinculado con el humanismo renacentista, único capaz de dar cuenta en aquel momento, dada su erudición filológica y su apertura cultural, de la diversidad de lenguas y de referencias de los textos revisados. Este proceso se vio obstaculizado por la Reforma y la Contrarreforma pero siguió vivo en parajes alquímicos y rosacruces. En el siglo xviii, en tiempos de la Ilustración, se tornó masónico y hermético, y a fines de esa centuria y principios de la siguiente se volvió ocultista, al

tiempo que encontraba un aliado ideológico en el movimiento romántico que por entonces se imponía en la literatura y las artes, mezclado con los ideales de la Revolución Francesa.

Tenemos así “esoterismo” como nueva categoría cultural a partir del Renacimiento (aunque las acuñaciones filológicas sean posteriores: existió primero lo esotérico como adjetivo, y sólo después se volvió nombre), mientras que hay ocultismo sólo a partir del siglo XIX, cuando el término es acuñado en francés por el mago Éliphas Lévi con resonante acogida, y alude a una particular metamorfosis del esoterismo en la que el paradigma científico y moderno se impone sobre el discurso mágico en tanto procedimiento, con lo que, por ejemplo, se comienza a hablar más de “ciencias ocultas” que de “artes herméticas”. En este sentido, esoterismo es el término general (el proceso), que se remonta a varios siglos atrás y que incluye distintas corrientes, y ocultismo es uno particular (la cristalización en el siglo XIX).

Diversos autores como Robert Amadou, Pierre Riffard o Antoine Faivre dan distintos rasgos para la caracterización del esoterismo, pero los tres básicos y comunes son el trasfondo de correspondencias y analogías con que trabaja el término; el concepto de naturaleza viviente, de cosmos orgánico y no de mecanismo universal; y el lugar central de la imaginación como facultad humana, pues permite establecer una relación cognitiva y visionaria con el mundo, especialmente en su dimensión imaginaria.

El ocultismo, por su parte, sería la versión particular del esoterismo en el XIX, conformado sobre el esquema científico de prueba y error, tal como pasó con la naciente parapsicología o en el espiritismo de entonces. Opera mediante un proceder sincrético que ensambla discursos distintos en cultura y época mediante afinidades supuestas o más bien construidas. Además del rasgo científicista y sincrético del ocultismo, habría que mencionar que con él se da una cierta democratización del *modus operandi* ocultista pues, si bien las cofradías continúan funcio-

nando en los altos niveles, surge también la idea de grupos más amplios y abiertos, que divulguen en mayor grado enseñanzas que hasta entonces eran propias de sólo iniciados, tales como la Sociedad Teosófica de Blavatsky, con mucho éxito por cierto, pues lleva viva más de 125 años, con sus altibajos. Se fundan periódicos y revistas ocultistas, se dan conferencias públicas, se editan libros que se venden bien. Es decir, se comienza a crear un mercado esotérico.

Esta democratización supone que la separación tradicional entre magia culta y magia popular hasta entonces dominante comienza a debilitarse. Así, el esoterismo se vulgariza en ocultismo. Un saber hasta entonces especializado se torna accesible a una mayoría democrática aunque poco o nada preparada, al tiempo que se genera un mercado de servicios y mercancías: lectura de cartas, invocación de muertos, talismanes, bolas de cristal... ya sea de persona a persona o, en nuestro tiempo posmoderno, por televisión, cine e internet.

Al cientificismo y a la democratización del ocultismo habría que agregar su feminización en el sentido de una presencia destacada de las mujeres en él, muy acorde con los cambios en la relación entre géneros que estaban pasando en el XIX, con un creciente movimiento feminista. Las corrientes principales del ocultismo decimonónico, como el espiritismo y la teosofía, dieron un amplio espacio de participación en sus filas a las mujeres, que aprovecharon la oportunidad, se involucraron en esos ámbitos y llegaron a ocupar un lugar que iguala o supera al de los hombres. El caso más notable es el de Helena Blavatsky, la primera mujer de renombre en la historia del esoterismo moderno. Y después de ella, en la línea teosófica, vendrían más: Annie Besant, Mabel Collins, Alice Bailey... Desarrollar este asunto de la gran participación de las mujeres en las filas ocultistas, tan notorio e interesante de suyo, nos desviaría en lo inmediato de nuestros propósitos, aunque ha sido ampliamente estudiado para los contextos norteamericano e inglés, por ejem-

plo en los libros de Ann Braude (*Radical Spirits*) y Joy Dixon (*Divine Feminine*), a los que remito al lector interesado.

Ioan Culianu, el finado estudioso rumano, habla de una censura de lo imaginario en la cultura occidental a partir de la Reforma (que en su esquema incluye también a la Contrarreforma), como resultado de la lucha contra el neopaganismo renacentista. Cree que la civilización occidental moderna es el producto de la Reforma (en el sentido amplio por él planteado), lo que se manifiesta en tres niveles:

Sur le plan théorique, la grande censure de l'imaginaire aboutit à l'apparition de la science exacte et de la technologie moderne.

Sur le plan pratique, son résultat est l'apparition des institutions modernes.

Sur le plan psychosocial, c'est l'apparition de toutes nos névroses chroniques, dues à l'orientation trop unilatérale de la civilisation réformée, à son refus principal de *l'imaginaire* (*Éros et magie*, 291).¹

Esta represión de lo imaginario y fantasmático señalado por Culianu también es retomada por diversos autores, con otras palabras, por ejemplo Gilbert Durand, cuando vincula dicha represión de lo imaginal con una hipóstasis de la historia y una ideología objetivista que sustenta una ciencia positiva:

la “Reforma” de Occidente no ha traído [...] más que un agravamiento de la situación ideológica. A partir de ella no existirá más ese lugar de conservación de los símbolos y las exégesis que constituía el magisterio de la Iglesia, sino sólo el inmenso

¹ [En el plano teórico, la gran censura de lo imaginario desemboca en la aparición de la ciencia exacta y de la teología moderna. En el práctico, el resultado es la aparición de las instituciones modernas. En el plano psicosocial, es la aparición de todas nuestras neurosis crónicas, debidas a la orientación demasiado unilateral de la civilización, reformada, a su rechazo de lo imaginario.]

poder de la ideología de la objetividad profana y de la ideología de la explicación histórica (*Ciencia del hombre*, 26).

Autores tradicionalistas como Claude Mettra, René Guénon y Julius Evola piensan las transformaciones culturales renacentistas y posrenacentistas, esto es, modernas, como una suerte de caída en lo secular y lo profano, con un consecuente debilitamiento de lo imaginario (que estaría anclado en la Tradición), tal vez su arrinconamiento en actividades como el arte y la literatura, desprovisto ya de sus poderes cognoscitivos... Retoman la expresión hindú de *Kali Yuga* como un tiempo de oscuridad y decadencia y la hacen coincidir con la modernidad. Mettra vincula esta caída en la modernidad y la historia con la renovación renacentista del tópico de la melancolía:

Si la Melancolía obsesiona con tan insistente fidelidad a la imagería del Renacimiento es porque ella es el rostro condenado de un horizonte que el hombre moderno ya no reconoce como suyo. Comienza entonces lo que podría llamarse la expulsión de Satanás, la negación de las tinieblas, la afirmación de ese imperio luminoso cuyo sol serían los poderes mal desbrozados de la Razón (“Los hijos de la noche”, 11).

Esta represión de lo imaginario no significa su extinción sino su reubicación social. La imaginación, que el Renacimiento había puesto por encima de la razón por influjos neoplatónicos, es de nuevo destronada y sometida por el reformismo, aunque retorne fortalecida por el romanticismo. La secularización creciente reduce el prestigio de la imaginación a campos como el arte y la literatura, la religión y el ocultismo, lejos del pensar racional y sus aplicaciones tecnológicas. Aquélla ya no es vía de conocimiento sino obstáculo a vencer. Divertimento, en el mejor de los casos.

No obstante la consolidación de esta perspectiva secular y laica, ilustrada, la modernidad también fue escenario del surgimiento de la perspectiva romántica (que incluyó al ocultismo),

y es en la dialéctica entre Ilustración y romanticismo que la modernidad se dio. A veces se tiende a privilegiar el ligamen entre modernidad e Ilustración, olvidando el ingrediente romántico ahí también involucrado, cuando menos a lo largo de todo el siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial. Podría pensarse, por ejemplo, la polémica sobre el llamado “posmodernismo” a la luz del componente romántico reprimido en la cultura intelectual del siglo XX. Por supuesto, este asunto es muy amplio y valdría la pena su posterior desarrollo.

Las relaciones estrechas entre ocultismo y romanticismo llamaron la atención muy pronto de lectores y estudiosos, sobre todo en los ámbitos francés y alemán, y el comparatismo muy pronto encontró una rica veta de análisis, sobre todo a nivel de temas, de fuentes y de influencias (Albert Viatte, Auguste Béguin, Alain Mercier, etc.). El concepto mismo de romanticismo fue repensado desde su lugar estrecho de corriente literaria de tres o cuatro décadas, a movimiento de ideas, sensibilidad y costumbres que se extendía a lo largo de todo el XIX, con los énfasis variables del caso a principios y a finales de siglo.

A partir de los años veinte del siglo XX se dio una discusión teórica sobre el romanticismo, en un redivivo debate medieval entre nominalistas y realistas, reencarnados ahora en Arthur Lovejoy y su propuesta de romanticismos en plural y René Wellek y su apuesta por una definición amplia de un romanticismo en singular. La conexión romántica con el esoterismo fue desarrollada en el ámbito inglés por Meyer Abrams, aunque algo tímidamente, y queriendo separar neoplatonismo (corriente respetable para los cultos) de esoterismo (ámbito de mala reputación). Más recientemente, un momento de síntesis fue el trabajo de Wouter Hanegraaff, quien confrontó las principales teorías sobre el romanticismo (Lovejoy, Wellek, Abrams, Morse Peckham y Ernest Lee Tuveson), y sacó los puntos en común (organicidad, imaginación y evolución), tomando en cuenta las conexiones esotéricas.

En la larga relación entre esoterismo y literatura, que uno podría hacer remontar hasta principios de nuestra era, con textos como *El asno de oro* de Apuleyo o la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato (una muestra es la *Antología literaria del ocultismo* de Kanters y Amadou), en dicha relación el vínculo particular ocultismo-romanticismo sería apenas una de sus etapas, una, eso sí, muy importante, pues se establece una comunicación de doble vía entre ambos términos, de forma sistemática, en tiempos modernos. Así, se han estudiado escritores que recurrieron al ocultismo en tiempos de secularización, con diversos grados de compromiso, que van desde la actitud más superficial que utiliza temáticamente aspectos ocultistas pero sin compromiso personal al respecto, hasta autores cuyo involucramiento esotérico fue determinante en su carrera literaria y en su propia vida. Entre estos últimos, tenemos en Francia a autores como Balzac, Gautier, Nerval, Huysmans, para citar cuatro famosos, o en inglés, a Blackwood, Machen, Conan Doyle y Yeats. Así, Balzac y Gautier estuvieron vinculados con el swedenborguismo; Nerval, con la alquimia y el hermetismo; Huysmans con el satanismo y el neocultismo de fin de siglo; Blackwood y Yeats con la teosofía y la magia ceremonial; Machen con el celtismo y Conan Doyle con el espiritismo.

En algunos escritores la pasión ocultista iguala a la literaria. Entre estos está Edward Bulwer Lytton (tan poco recordado hoy y tan famoso en su momento), autor de *Zanoni* y *A Strange Story*, novelas influyentes en el medio ocultista del XIX y a su vez influidas por él, sobre todo el caso de *Zanoni*, que fue elogiada por ocultistas como Blavatsky. Curiosamente, Bulwer Lytton fue un autor famoso en vida por sus novelas históricas y de costumbres, pero ha sido su veta fantástica la que lo ha mantenido vivo, aunque al margen, ya sea en forma abierta, como en los títulos mencionados, ya en forma híbrida, como en su novela *Los últimos días de Pompeya*, que presenta una trama de magia y erotismo en un ambiente histórico de cataclis-

mo. Triunfaba en el XIX literario el tópico de la ciudad sublime desaparecida catastróficamente, ya fueran ciudades históricas como Pompeya, o míticas, como la Atlántida.

Además de Bulwer Lytton, habría que mencionar aquellos escritores que fueron tanto magos como poetas, Yeats y su colega Aleister Crowley, hoy tomado en cuenta sobre todo como mago, no como autor, aunque él no pensaba así y se consideraba a sí mismo como mago-poeta. Yeats y Crowley representan la transición del siglo XIX al XX. Pocas veces la práctica ocultista y la poética alcanzan tanta calidad en su unión como en Yeats, cuyo alto nivel literario apenas es comparable al de otros dos excelsos poetas que en el nuevo siglo seguirán también tales arcanos: el lituano Oscar Milosz y el portugués Fernando Pessoa. Los tres juntos podrían constituir la Altísima Trinidad Poética de la tradición esotérica...

Con todo y sus limitaciones, mal que bien se ha estudiado a estos escritores metidos a ocultistas. A lo que no se ha puesto suficiente atención, aspecto que este trabajo pretende subrayar, es a los ocultistas del XIX metidos a escritores, esto es, a aquellos autores importantes en la historia del esoterismo, con obra doctrinal al respecto, y que en algún punto de su carrera ocultista recurren a la escritura literaria para ampliar su público, pues se supone que ésta posee recursos de persuasión más amplios que el texto doctrinal. Tres figuras descollantes del ocultismo siguen tal camino: el francés Éliphas Lévi, la rusa Helena Blavatsky y el norteamericano Pascal Beverly Randolph. El primero posee diversos títulos en poesía y una novela, *Le sorcier de Meudon*; Blavatsky tiene un libro de narraciones fantásticas deudoras de Hoffmann y Poe, así como crónicas de viaje con alta dosis de ficción, a punto de novela, como pasa en *From the Caves and Jungles of Hindostan*, y en el caso de Randolph, escribió *Ravalette*, su novela rosacruz. En el fin de siglo francés, están el novelista y mago Joséphin Péladan (verdadero Balzac del ocultismo decadente) y el poeta Stanislas de Guaita, entre otros.

En todos ellos el recurso a la literatura en la vida oculta se dio como una forma de difusión de ideas, sí, pero también porque desconfiaban de la separación entre poesía y magia, y porque encontraron en la práctica literaria unas posibilidades distintas, más libres, que las del ensayo doctrinario. Lévi, Blavatsky, Péladan, de Guaita, Crowley: todos provenían de medios educados, sensibles, y aunque su preocupación vital se dirimió por el ocultismo, conocieron y usaron la literatura para sus propios fines.

En la primera mitad del siglo xx muchos ocultistas siguieron con la escritura literaria como una de sus actividades, como lo demuestran en el ámbito teosófico, en inglés, las narraciones de C. W. Leadbeater (*El perfume de Egipto*) y de Mabel Collins (*Historia de una maga blanca, El idilio del loto blanco*); en francés, Édouard Schuré (*La sacerdotisa de Isis*); en alemán, Franz Hartmann (*Una aventura en la mansión de los adeptos rosacruces, La imagen parlante de Urur*); en español, Mario Roso de Luna (*El tesoro de los lagos de Somiedo, De Sevilla al Yucatán, Cuentos teosóficos españoles*). En inglés están Violet Firth, alias Dion Fortune, con novelas y cuentos, y, claro, Crowley, con novelas (*Moonchild, Diary of a Drug Fiend*) y algunos cuentos. En el ámbito alemán, aparte de Hartmann, aparecen Gustav Meyrink, sobre todo con sus novelas, no tanto con sus cuentos, y Arnold Krumm-Heller, quien fue un puente ocultista muy importante entre Europa y América Latina, y quien publicó una novela, *Rosa-cruz*.

Obsérvese que buena parte de la conexión literaria entre ocultismo y romanticismo se da en el ámbito de lo fantástico, un género muy propicio para tratar los asuntos misteriosos e inciertos, pues permite desdoblamiento, proyecciones, espejos, monstruosidades, es decir, una exploración imaginaria de la otredad. Así, lo fantástico ocultista puede adoptar formas góticas más convencionales, como en los cuentos de Blavatsky o en la novela *Ravalette* de Randolph, pero también, ya en el

siglo xx, acercarse a la vanguardia modernista, más irónica, como en los cuentos de Meyrink o en la novela *Moonchild* de Crowley. Entre las figuras románticas más destacadas que el folclor y el ocultismo alimentaron, pocas tan poderosas como el vampiro. En el caso de Bram Stoker, creador de la versión ahora “clásica” del vampiro, Drácula, son muy interesantes sus conexiones ocultistas.

De esta manera he pretendido retomar algunos de los lazos entre esoterismo y literatura, sobre todo en el siglo xix, con el romanticismo, un campo que, si bien ya ha sido transitado, todavía tiene mucho que dar, sobre todo en ciertas zonas de la literatura mundial donde tales enfoques apenas empiezan a calar, dada la fuerza todavía vigente de prejuicios y tradiciones críticas hostiles a tales exploraciones, como ha sido en lengua española, en la que, desde el modernismo de fines del xix, es posible encontrar patrones de conducta afines a los de otras lenguas, como la francesa y la inglesa.

REFERENCIAS

- BRAUDE, Ann, *Radical Spirits: Spiritualism and Women's Rights in Nineteenth-Century America*, Boston, Beacon Press, 1989.
- CULIANO, Ioan P., *Éros et magie à la Renaissance. 1484*, Mircea Eliade (pref.), Paris, Flammarion, 1984.
- DIXON, Joy, *Divine Feminine. Theosophy and Feminism in England*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 2001.
- DURAND, Gilbert, *Ciencia del Hombre y Tradición. El nuevo espíritu antropológico*, Barcelona, Paidós, 1999.
- FAIVRE, Antoine, *Access to Western Esotericism*, Albany, State University of New York Press, 1994.
- HANEGRAAFF, Wouter J., "Romanticism and the Esoteric Connection", en *Gnosis and Hermeticism from Antiquity to Modern Times*, R. Van den Broek y W. J. Hanegraaff (ed.), Albany, State University of New York Press, 1998.
- KANTERS, Robert y Robert Amadou, *Antología del ocultismo*, Madrid, EDAF, 1976.
- METTRA, Claude, "Los hijos de la noche", en *Rumbos actuales del ocultismo*, Buenos Aires, Editorial Rodolfo Alonso, 1978.
- RIFFARD, Pierre A., *L'ésotérisme*, Paris, Éditions Robert Laffont, 1993 (Bouquins).